

www.elboomeran.com

María Virginia Jaua
IDEA DE LA CENIZA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2015

© María Virginia Jaua, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293, Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-22-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-265-2015
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

La ceniza no vive aquí, pero aquí hay ceniza.

Una cierta lógica tendería a determinar que este pequeño libro estuviera dedicado al ser amado. Él es todo aquí. Sin embargo, esta escritura póstuma también podría estar dedicada a otros amantes y a otras muertes de las que guardo y honro su historia, pero hago míos los relatos de sus telepáticos encuentros y guardo su secreto: la colisión en la que estallan sus partículas y emprenden el viaje, su inabarcable pasión por la escritura, su saber ancestral del duelo y la hospitalidad.

Este libro busca honrar ese posible hallazgo.

Lector, detén tu paso...

Respira con un ritmo acompasado. Estás ahora en el umbral de un libro que te ha sido escrito. Cierra los ojos. Encomiéndate a Hécate y hazle una ofrenda. Si con los ojos cerrados te abandonas a la lectura, es probable que consigas entrar por cualquiera de las tres fases visibles de la luna. La cuarta es sólo un espejo negro que te devolverá tu imagen: no es una puerta, no abre hacia ningún lugar, es sólo un

astro apagado: un archivo muerto. Si acaso puedes, míralo de reojo y prosigue tu viaje inmóvil. Se abrirá una grieta como una herida incurable: *shibboleth, shibboleth, shibboleth*. Caminarás al paso de una plegaria. Una vez adentro, es posible que escuches una voz que te llama desde un futuro que aún no alcanzas a ver, pero que está ahí: pues ha sido vivido una y mil veces. Y si al final del viaje no te reconoces, despreocúpate: aquí nada mira hacia atrás, no hay estatuas de sal, ni vistas panorámicas a ciudades en ruina: sólo una postal enviada desde el futuro con un mensaje encriptado y que prosigue su viaje en busca de un destinatario:

Quizás tú.

Escucharás voces entremezcladas como las notas de instrumentos en una sinfonía compleja: será como el oleaje de un inmenso y anacrónico mar. O quizás ni siquiera eso. Voces tenues, susurros nítidos surgidos de las llamas del instante, ecos de la ceniza de lo que una vez ardió y de lo que volverá a arder. Se trata de un pequeño fragmento de la historia del fuego y sus reminiscencias; un casi nada, con el que haremos un reloj de arena: una joya muda que colgará en el pecho a la altura del corazón.

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL DUELO

La escena primera es la de un duelo muy anterior, primigenio, diría. Un duelo *matricial*, origen de todos los duelos, de todas las separaciones, de todos los desgarros.

Un duelo anterior al acontecimiento. Entendemos acontecimiento como aquello que desgarrar el curso ordinario de la historia.

¿Qué historia? Un profundo terror. Un miedo arcaico a la desaparición.

Se dice que el duelo está en el origen de la tragedia griega. Los helénicos y sus antepasados hacían la «representación» del rito funerario.

Para ello, una figura (no sabemos si viva, momificada, si una estatua en piedra esculpida) representaba al muerto; otras figuras, a los vivos –familiares y amigos del difunto–. Aunque parezca excéntrico, al morir un ser amado los deudos adoptaban máscaras que los representaban a sí mismos, convirtiéndose en los personajes de su propia trage-

día. De esta manera una civilización arcaica parece desplegar recursos de «representación» infinitamente más sofisticados que la nuestra, para la cual los ritos son un despersonalizado trámite de aeropuerto: pulcro y bien iluminado. Fue así como desde el principio la tragedia estuvo íntimamente ligada a la comprensión de la muerte, y su puesta en escena nos legó lo que conocemos como teatro.

Otro dato: las palabras «persona» y, por lo tanto, «personaje» provienen de *personare*, «resonar a través de una máscara». La máscara original de la tragedia consistía en un dispositivo que, además de servir a la imagen del desdoblamiento, de la «representación», estaba diseñado para hacer sonar, para hacer más potente y audible la *voz*.

Pero aún hay más...

Lo que hoy conocemos como «imagen», proviene de la palabra *imago*. No sólo ambos vocablos están unidos en un mismo origen. En Roma, el *imago* era una suerte de reproducción del rostro de las personas nobles recién fallecidas (regreso de la máscara por la vía mortuoria). Al morir alguno de sus miembros, las familias patricias eran las únicas que poseían el «derecho» a su *imago*: sólo ellas tenían el privilegio de hacer reproducciones del rostro del

familiar fallecido y de exhibirlo y distribuirlo por las calles de la ciudad.

De ello se desprenden dos hechos curiosos. El primero confirma la naturaleza «ficcional» de las construcciones de identidad a las que el «yo» se ha entregado en su escisión del todo, muchas veces sin cuestionarse la estrecha relación de la persona con la prosopografía griega, por medio de la cual, sin admitirlo, revalida –más allá de la literatura– un pacto de suspensión de la *increencia* que contradice el sometimiento a la insensatez de esa «fe».

El segundo es la constatación de que la estrecha relación entre imagen y poder es antigua: hay quienes han podido y pueden «producir» las imágenes y quienes las controlan. Y este ejercicio del poder sobre la representación también nos revela parte de la esencia –o, si se quiere, el carácter ontológico y biopolítico– de las imágenes: éstas surgen de la muerte y, en su largo recorrido en la construcción de la cultura de Occidente, regresan a ella. De esta manera la historia de nuestra cultura parece ser ese enorme sepulcro donde las imágenes yacen bajo tierra o donde flotan en una suerte de limbo, por el que deambulan como fuegos fatuos, presencias infralevés que regresan una y otra vez al mundo: como algo que desea desesperadamente volver a *ser*.